

te baja de esta masa tenebrosa figuraban dos ojos flamígeros. En esta sombra solo oía el murmullo acariciador y discreto de la ola á mis piés, los pasos sordos de un caballo en las tablas del puente de barcas, y á lo lejos, en una fragua que entreveía, el campaneo ruidoso de un martillo sobre el yunque. Ningun otro rumor de la ciudad atravesaba el Rhin. Algunos vidrios centelleaban vagamente, y por debajo de la fragua, horno abrasado, punto chispeante, caía y se dispersaba en el río un largo surco luminoso, como si este buche lleno de fuego se vaciase en el agua.

De este bello y sombrío conjunto se desprendía en mi pensamiento un melancólico delirio.

Yo me decía:—La ciudad germana desapareció, la ciudad de Agrippa desapareció; la población de San Engelberto está en pié todavía. Pero ¿cuánto tiempo durará? El templo edificado allá abajo por Santa Elena cayó hace mil años; la iglesia construida por el arzobispo Anno caerá. Esta ciudad está gastada por el río. Todos los días alguna vieja piedra, algún viejo recuerdo, alguna vieja usanza se despega al rozamiento de veinte buques de vapor. Una ciudad no se coloca impunemente en la gruesa arteria de Europa. Colonia, aunque menos antigua que Tréveris y Soleure, que son los dos municipios más viejos del continente, ya se ha afeado y transformado tres veces en la rápida y violenta corriente de ideas que la atraviesa, subiendo y bajando sin cesar de las ciudades de Guillermo el Taciturno á las montañas de Guillermo Tell, y llevando á Colonia de Maguncia los afluentes de la Alemania y de Estrasburgo los afluentes de Francia. En estos momentos parece que se declara una cuarta época climatérica para Colonia. El espíritu del *positivismo* y del *utilitarismo*, como dicen los bárbaros de ahora, la penetra y la invade; las novedades se enredan por todas partes en el laberinto de su antigua arquitectura; las calles nuevas hacen anchos agujeros á través de este hacinamiento gótico; el "buen gusto moderno," se instala allí y edifica fachadas-Rivoli y goza estúpidamente de la admiración de los tenderos; hay rimadores ébrios que aconsejan á la ciudad de Conrado el panteón de Soufflot. Las tumbas de los arzobispos caen arruinadas en esta catedral, continuada hoy por la vanidad, no por la fé. Las espléndidas campesinas, vestidas de escarlata y

cuiertas de oro y plata, han desaparecido; grisetos parisienses se pasean por el muelle: hoy he visto caer los últimos ladrillos secos del claustro romano de San Martin, y en su lugar se vá á construir allí un café Tortoni; largas hileras de casas blancas dan al feudal y católico barrio de los Mártires de Tebas no sé qué falso aire de Batignolles. Un ómnibus pasa el inmemorial puente de barcas, y lleva por seis sueldos de Agrippina á Tuitium.

Ay de mí! las viejas ciudades se van!

CARTA XI.

A propósito de la casa Ibach.

Filosofía.—Cómo se arreglan las causas para producir los efectos.—Curiosidades del azar.—Lecciones de la Providencia.—Caos de donde se desprende un orden profundo é imponente.—Asimilaciones.—Relámpagos inesperados y deslumbrantes.—Una repulsa al rey Carlos I.—Una pregunta sobre María de Médicis.—Luis XIV.—Gran figura en la gloria.

Andernach.

Amigo mio! amigo mio! Lo que las cosas hacen ellas se lo sabrán; pero á ciencia cierta, y otros antes que yo lo han dicho, los hombres no saben lo que se hacen. Algunas veces, confrontando la historia con la naturaleza, dentro de esas comparaciones eternas que mi alma no puede dejar de hacerse entre los acontecimientos donde Dios se oculta y la creación donde Dios se muestra, una secreta angustia me ha oprimido de pronto y me he figurado que los bosques, los lagos, las montañas, el profundo trueno de las nubes, la flor que se inclina sobre su tallo á nuestro paso, la estrella que guiña el ojo en los celajes del horizonte, el Océano que habla y que murmura y que parece que está avisando siempre á alguno, eran cosas claras y terribles, llenas de luz y llenas de ciencia, que miran compasivamente moverse á tientas en medio de ellas, en la noche que le es propia, al hombre, cuyo orgullo la impotencia liga los brazos, y cuya vanidad la ignorancia venda los ojos. Nada hay en mí que rechace la idea de que el árbol tenga la conciencia de su fruto; y en cambio, abrigo la convicción de que el hombre no tiene la conciencia de su destino.

La vida y la inteligencia del hombre están á la merced de no sé qué máquina oscura y divina, llamada por unos *Pro-*

videncia y por otros *casualidad*, que lo mezcla, combina y descompone todo, que oculta su marcha en las tinieblas y que pone de manifiesto sus resultados á la luz del día. Se cree hacer una cosa y se hace otra. *Urceus exit*. La historia nos presenta infinitos ejemplos. Cuando el marido de Catalina de Médicis y amante de Diana de Poitiers se deja llevar de misteriosas distracciones con Felipa Duc, bella jóven piemontesa, no engendra únicamente á Diana de Angulema para que sea la esposa de Horacio Farnesio, sino que con ella engendra á la vez la persona que debió llevar á cabo la futura reconciliación de uno de sus hijos, que se llamó despues Enrique III, con uno de sus sobrinos, que con el tiempo llevó el nombre de Enrique IV. Cuando el duque de Nemour baja á galope las gradas de la Santa Capilla montado en su rocín el *Real*, no pone tan solo en moda la afición de los juegos peligrosos, sino que prepara al mismo tiempo la muerte del rey de Francia. El 10 de Julio de 1559, cuando Montgommery, en las lizas de la calle de San Antonio, chorreándole el sudor por debajo de su vasto penacho rojo, enristra la lanza y hunde las espuelas en los hijares de su caballo, para salir al encuentro á ese apuesto caballero flordelisado aplaudido de todas las damas, no puede calcular los prodigios que abraza su mano. Jamás varita mágica habrá producido cosas tan sorprendentes como esta lanza. De un solo bote vá Montgommery á matar á Enrique II, á demoler el palacio de Tournelles y á levantar la plaza Real, es decir, á trastornar la comedia providencial, suprimir el personaje y cambiar la decoración.

Cuando Carlos II de Inglaterra, despues de la batalla de Worcester, se oculta en el hueco de una encina, se equivoca al creer que se oculta, pues aquel hecho dá el nombre de *Encina real* á una constelación, y á Halley le presenta la ocasión de rebajar la fama de Tycho. El segundo marido de Mad. de Maintenon revocando el edicto de Nantes y el Parlamento de 1688 expulsando á Jacobo II, no hacen otra cosa que hacer posible esa extraña batalla de Almansa, en la que se vió frente á frente, en el mismo campo, el ejército francés mandado por un inglés, el mariscal de Berwick, y al ejército inglés capitaneado por un francés, Ruvigny, lord Galloway. Si Luis XIII no hubiese muerto el 14 de Mayo de 1643, no se le hubiese

ocurrido al viejo conde de Fontana la idea de atacar á Rocroy á los cinco días, ni se le hubiese ofrecido el 19 de Mayo esta magnífica ocasión á un heróico príncipe de veintidos años, que ha hecho del duque de Enghien el gran Condé. Y en medio de todo este tumulto de hechos que llenan las cronologías, ¡qué infinidad de ecos singulares y paralelismos extraordinarios y repercusiones formidables! En 1664, Luis XIV, despues de la ofensa hecha á su embajador el duque de Crequi, hizo desterrar á los Corsos que habia en Roma; ciento cuarenta años más tarde, Napoleon Bonaparte destierra de Francia á los Borbones.

¡Cuánta sombra y cuántos rayos de luz en esta sombra! Cuando el jóven Enrique de Montmorency, allá por los años de 1612, á la sazón de edad de diez y siete años, veía ir y venir en casa de su padre, entre los criados, llevando la jarra de agua y sosteniéndola mientras se lavaban en la actitud humillante del que sirve, á un paje pálido y raquítico, Laubespine de Chateaufort, ¡quién le hubiese dicho que ese paje inclinado tan respetuosamente ante él, andando el tiempo seria subdiácono y despues guarda-sellos, y este guarda-sellos presidiria por comisión el Parlamento de Tolosa; y veinte años más tarde, este paje-subdiácono-presidente pediria solapadamente la dispensa al Papa á fin de poder hacer decapitar él á su señor, á Enrique II, duque de Montmorency, mariscal de Francia por el poder de su espada y par del reino por la gracia de Dios! Cuando el presidente de Thou, en su libro, corregia, arreglaba y trasladaba tan cuidadosamente el edicto de Luis XI del 22 de Diciembre de 1477, ¡quién habia de decir á ese padre que un día ese mismo edicto, con Laubardemont por instrumento, seria el hacha con la cual Richelieu cortaria la cabeza de su hijo!

Y en medio de este caos hay leyes. El caos no existe más que en la apariencia; el orden está en el fondo. Despues de largos intervalos, los mismos hechos espantosos que han hecho abrir los ojos á nuestros padres, vuelven á presentarse como cometas en las profundidades más tenebrosas de nuestra historia. Siempre son las mismas asechanzas, las mismas caídas, las mismas traiciones, los mismos naufragios en los mismos escollos; los nombres cambian, las cosas persisten. Pocos días antes de la Páscoa fatal de 1814 el emperador habria podido decir á sus trece mariscales: *Amen dico vobis quia*

unus vestrum me traditurus est.—Siempre César adopta á Bruto; siempre Carlos I impide á Cromwell partir para la Jamaica; siempre Luis XVI impide á Mirabeau embarcarse para las Indias; siempre y en todas partes las reinas crueles son castigadas por hijos crueles; siempre y en todas partes las reinas ingratas son castigadas por hijos ingratos. Toda Agrippina engendra el Nerón que la matará; toda María de Médicis dá á luz el Luis XIII que la desterrará.

¡Y en mí mismo no reparas de qué manera tan extraña llega mi pensamiento, de idea en idea, y casi sin saberlo, á esas dos mujeres, á esas dos italianas, á esos dos espectros, Agrippina y María de Médicis, que son los dos espectros de Colonia! Colonia es la ciudad de las reinas madres desventuradas. A mil seiscientos años de distancia, la hija de Germánico, madre de Nerón, y la mujer de Enrique IV, madre de Luis XIII, unen en Colonia su nombre y su recuerdo. De estas dos viudas—porque una huérfana es una viuda,—hechas la primera por el veneno, la segunda por el puñal, una, María de Médicis, ha muerto allí, y la otra, Agrippina, ha nacido también allí.

En Colonia he visitado la casa que ha visto espirar á María de Francia—casa Ibach, según unos; casa Jabach, según otros;—y en lugar de decirte lo que he visto en ella, te diré lo que en ella he pensado. Perdóname, amigo mío, que no te dé esta vez todos los detalles locales que en tanta estima tengo, y que á mi modo de ver pintan al hombre, le explican por su forma aparente y conducen al espíritu del exterior al interior de los hechos. Esta vez los suprimo. Temo que lleguen á fatigarte mis *festones* y mis *astrágalos*.

La triste reina murió allí el 3 de Julio de 1642. Tenía sesenta y ocho años. Hacia once que estaba desterrada de Francia, y en este tiempo había ido errante por Flandes é Inglaterra, viviendo á espensas de todos los países. En Londres, Carlos I la trató dignamente; en los tres años que permaneció allí le dió cien libras esterlinas diarias. Más tarde, lo digo con sentimiento, París ofreció á la reina de Inglaterra esa hospitalidad que Londres dió á la reina de Francia. Enriqueta, hija de Enrique IV y viuda de Carlos I, fué hospedada en el Louvre no sé en qué desvan, en donde permaneció en el lecho, faltándole hasta un haz de leña en el invierno, esperando algunos luises que le prestaba el coad-

jutor. Su madre, la viuda de Enrique IV, terminó sus días en Colonia, poco después, de la misma manera—en la miseria más profunda.—A petición del cardinal-ministro, Carlos I la hizo salir de Inglaterra. Yo censuro este proceder del real y melancólico autor del *Eikon Basilike*, y no comprendo cómo el hombre que supo mostrarse rey ante Cromwell, no supo mostrarse rey ante Richelieu.

Por lo demás, insisto en este detalle, lleno de sombría significación; á María de Médicis la siguió de cerca Richelieu, que murió un año después. ¿A qué conducían, pues, todos esos odios desnaturalizados entre esas tres criaturas humanas, tantas intrigas, tantas persecuciones, tantas querellas, tantas perfidias, si los tres tenían que morir casi á la misma hora?—Dios sabe lo que hace.

Existe una duda fatal sobre María de Médicis. La sombra que proyecta Ravallac siempre me ha parecido que vá rozando los pliegues de la cola de su vestido, pues siempre me ha espantado la frase terrible que el presidente Henaul, sin intención quizá, escribió sobre la reina:—*Ella no se sorprendió gran cosa de la muerte de Enrique IV.*

Confieso que todo esto me hace más admirable la época clara, leal y pomposa de Luis XIV. Las sombras y las oscuridades que manchan el principio de este siglo hacen resaltar más los esplendores del fin. Luis XIV representa el poder, como Richelieu, pero tiene además la majestad; representa la grandeza como Cromwell, pero tiene además la serenidad. Luis XIV no revela el génio en el señor, pero revela el génio alrededor de él, lo cual hace al rey algo más pequeño, al par que hace al reinado más grande. Cuanto á mí, que amo, como tú sabes, las *cosas acertadas* y completas, sin dejar de oponer todas las restricciones que es preciso admitir, he tenido siempre una simpatía profunda por ese grave y magnífico príncipe de tan alta estirpe nacido, recibido tan noblemente por todos y rodeado de hombres tan nobles; rey desde la cuna y rey en la tumba; verdadero monarca en la más alta acepción de la palabra; soberano central de la civilización, eje de la Europa, al cual le fué permitido gastar, por decirlo así, y ver sucesivamente, en la larga duración de su reinado, aparecer, resplandecer y desaparecer alrededor de su trono, ocho Papas, cinco sultanes, tres emperadores, dos reyes de España, tres reyes de Portugal, cuatro reyes y una

reina de Inglaterra, tres reyes de Dinamarca, una reina y dos reyes de Suecia, cuatro reyes de Polonia y cuatro czares de Moscovia; estrella polar de todo un siglo, que durante setenta y dos años ha visto girar majestuosamente alrededor de sí todas las constelaciones.

CARTA XII.

A propósito del museo Wallraf.

Biografía, monografía y epopeya de la propina.—El estafero.—El conductor.—El postillon.—El pillastron.—El otro pícaro.—El carretonero.—El que ha llevado los efectos.—La vieja.—El cuadro, la cortina, el bedel.—El individuo grave y triste.—El guardian.—El suizo.—El sacristan.—Una cara parecida á la de Judas.—El campanero.—El importuno que os sigue.—El explicador.—La jerga.—La fábrica.—El joven gallardo.—Todavía el bedel.—Todavía el estafero.—El criado.—El mozo de cuadra.—El factor.—El gobierno.—«No olvides que toda propina no puede bajar de una moneda de plata.»

Andernach.

Además de la catedral, la Casa de la Ciudad y la casa Ibach, visité en Sheleis-Kotten, cerca de Colonia, los vestigios del acueducto subterráneo que en tiempo de los romanos iba de Colonia á Tréveris, y del cual se encuentran hoy aun las huellas en treinta y tres pueblos.

En la misma Colonia ví el museo Wallraf. Tentado estaba de haberte hecho aquí su inventario, pero quiero ahorrarte este trabajo. Bástete saber que si yo no encontré en él, gracias á las depredaciones del baron Hubsch, el carro de guerra de los antiguos germanos, la famosa momia egipcia y la gran culebrina de cuatro varas de largo, fundada en Colonia en 1400, en cambio ví un magnífico sarcófago romano y la armadura del obispo Bernardo de Galen. También me enseñaron una enorme coraza que pasa por haber pertenecido al general del imperio Juan de Wert; pero en vano busqué su poderosa espada de ocho pies y medio de longitud, su gran pica parecida al pino de Polifemo y su gran casco homérico, que dos hombres, dicen, apenas podían levantar del suelo.

El gusto de ver todas estas cosas bellas ó curiosas, museos, iglesias, casas de ayuntamiento, se enfria, preciso es decirlo, por la grave importunidad de dar propina. En las orillas del Rhin, como en todas las comarcas muy visitadas, la propina es un mosquito muy importuno, el cual á todas horas y en todas ocasio-

nes pica y vuelve á picar, no tu piel, sino tu bolsillo. Así que la bolsa del viajero, esa bolsa preciosa, lo contiene todo para él, pues la santa hospitalidad solo se conoce allí para recibirle al umbral de las casas con su dulce sonrisa y su augusta cordialidad. Véase á qué grado de poder han elevado la propina los inteligentes naturales de este país.

Para convencerse de ello, voy á exponer los hechos sin exagerar lo más mínimo.

Entras en una población cualquiera; á la puerta de la ciudad un estafero se informa del hotel donde vas á parar, te pide el pasaporte, lo coge y se lo guarda. El coche se detiene en el patio donde hace su parada; el conductor, que no te ha dirigido una mirada en todo el camino, se presenta, te abre la portezuela y te ofrece la mano con aire candoroso. Propina.

Un momento después llega el postillon, y, aunque le está prohibido por los reglamentos de policía, te dirige una arenga en un dialecto desconocido que quiere decir: Propina.

Una vez en tierra, un pillastron toma del coche tu maleta y tu saco de noche y lo deposita en el suelo. Propina.

Otro pícaro pone el equipaje en un carreton, te pregunta á qué hotel vas, y echa á correr delante de uno arrastrando su carreton. Llegados al hotel, aparece el fondista y entabla con el viajero recién llegado este corto diálogo, que debería escribirse en todas las lenguas encima de las puertas de todas las fondas:

—Buenos días, caballero.

—Señor mío, quiero un cuarto.

—Está muy bien, caballero. (Gritando á los de dentro:) Conducid al caballero al núm. 4.

—Deseo que se me prepare la comida.

—En seguida, caballero; etc. etc.

Subes al número 4. Tu equipaje ya está allí. Un hombre se exhibe. Es el que lo ha conducido con el carreton al hotel. Propina.

Llega otro; qué quiere? Es el que lo ha subido al cuarto. Le dices: Está bien; ya te gratificaré cuando me vaya, como á los demás mozos del establecimiento.

—Caballero, responde el hombre, yo no pertenezco á él. Propina.

Sales á la calle. Ves una iglesia, una bonita iglesia. Cómo no entrar á verla? Das una vuelta por la manzana, miras, buscas. Las puertas están cerradas. Jesús dijo: *Compelle intrare*; los sacerdotes deberían tener las puertas abiertas, pero

los bedeles las cierran para ganar treinta sueldos. En el entretanto una vieja ha notado tu vacilacion, y llega y te señala una campanilla que cuelga junto á un postigo. Comprendes la indicacion, llamas, se abre el postigo, aparece el bedel; manifestas deseos de ver la iglesia; el bedel toma un manojito de llaves y se dirige hácia la puerta principal. Cuando vas á entrar en la iglesia, conoces que te tiran de la manga; es la officiosa vieja á quien has olvidado y te ha seguido. Propina.

Ya estás en la iglesia: contemplas, admiras, exclamas:

—¿Por qué cubre ese cuadro esa cortina verde?

—Porque es el mejor de la iglesia, contesta el bedel.

—Bueno, replicas; aquí se ocultan los buenos cuadros; en otra parte los enseñarían. De quién es ese cuadro?

—De Rubens.

—Quisiera verle.

El bedel te deja y vuelve unos momentos despues acompañado de un individuo muy grave y muy triste. Es el guardian. Este buen hombre toca un resorte, se descorre la cortina y ves el cuadro. Una vez visto, la cortina se corre y el guardian te hace un saludo significativo. Propina.

Continuando tu paseo por la iglesia, siempre remolcado por el bedel, llegas á la verja del coro, que tiene echados los cerrojos y ante la cual está de pié un magnífico personaje espléndidamente enjaezado: es el suizo, á quien han prevenido que vas á pasar y te espera. El coro pertenece al suizo. Das una vuelta por él, y al salir, tu emplumado y engalonado cicerone te saluda majestuosamente. Propina.

El suizo te entrega al bedel. Pasas por delante de la sacristía. Oh milagro! está abierta. Entrás en ella. Hay un sacristan. El bedel se aleja con dignidad, porque conviene dejar al sacristan su presa. El sacristan se apodera del forastero y te enseña los cálices, las casullas, las vidrieras que puedes ver sin él, las mitras de obispo, y detrás de un vidrio, en una capillita forrada de satén blanco gastado, algun esqueleto de santo vestido de trovador. Vista la sacristía, queda el sacristan. Propina.

El bedel vuelve á recogerte. Llegas á la escalera de las torres. La vista que se debe abarcar desde lo alto del gran campanario debe ser bella, y esta idea te incita á subir. El bedel empuja silenciosamente la puerta; subes unos treinta peldaños de una escalera de caracol. Al fin de ellos encuentras el paso interceptado bruscamente. Es una puerta cerrada. Vuelves atrás. Estás solo. El bedel no está allí. Llamas. Asoma una cara parecida á la de Judas. Es el campanero. Abre y te dice:

—Subid, caballero.

Propina.

Subes: el campanero no te sigue; tanto mejor, piensas en tu interior; respiras, te alegras de estar solo, y de esta manera llegas alegremente á la alta plataforma de la torre. Allí miras, caminas en todas direcciones; el cielo es azul, el paisaje es soberbio, el horizonte inmenso. De pronto te apercibes de que desde hace algunos instantes un sér importuno te sigue y te codea y te zumba en los oidos palabras oscuras. Este es el explicador jurado y privilegiado, encargado de comentar á los extranjeros las magnificencias del campanario, de la iglesia y del paisaje. Este hombre, aquí por lo regular, es tartamudo. Algunas veces es tartamudo y sordo. Excusado es decir que no le prestas atencion, que le dejas hablar en una jerga ininteligible á su placer, y que acabas por olvidarle contemplando la enorme bóveda del coro de la iglesia, de donde los botareles salen como lados disecados, los mil detalles del chapitel de piedra del campanario, los techos, las calles, los tejados de las casas, los caminos que se pierden en todas direcciones, como los listones de madera de una rueda cuya llanta la forma el horizonte y el centro la ciudad, las llanuras, los árboles, los rios y las colinas. Despues que lo has visto todo perfectamente, te diriges á la torrecilla de la escalera para bajar, pero el hombre se interpone. Propina.

—Está muy bien, caballero, te dice metiéndose el dinero en el bolsillo; pero ahora, quereis darme algo á mí?

—Pues me gusta! ¿y lo que os acabo de dar?

—Caballero, es para la fábrica, á la cual entrego dos francos por persona.

Propina.

Bajas. De repente se abre una trampa al lado tuyo. Es la torre de las campanas. ¿Quién no vé las campanas de tan magnífico campanario? Un gallardo joven te las enseña y te las nombra. Propina.

Al bajar del campanario te encuentras al bedel, que te ha esperado paciente-mente y te vuelve á acompañar con res-

peto hasta el umbral de la iglesia. Propina.

Vuelves al hotel, habiéndote guardado muy bien en el camino de preguntar á ningun transeunte cuál es la direccion que debes llevar, porque la propina no dejaria perder la ocasion de molestarte de nuevo. Apenas pones el pié en la fonda, cuando ves que se te llega con aire amigable una figura que te es enteramente desconocida. Es el estafero que trae el pasaporte. Propina.

Comes: la hora de partir ha llegado; el criado te trae la cuenta. Propina.

Un mozo lleva tu equipaje á la diligencia ó á la schnellposte. Propina.

Un factor lo sube á la vaca. Propina.

Montas, parte el coche, y se hace de noche; mañana volverás á empezar.

Recapitulemos; propina al conductor, propina al postillon, propina al que baja del coche tu maleta, propina al que la lleva en el carretón, propina al hombre que no es del hotel, propina á la vieja, propina á Rubens, propina al suizo, propina al sacristan, propina al campanero, propina al hablador que te sigue y molesta, propina á la fábrica, propina al que enseña las campanas, propina al bedel, propina al estafero, propina á los camareros de la fonda, propina al mozo que te lleva el equipaje á la diligencia, propina al factor; total, diez y ocho propinas en un dia. Aléjate de la iglesia, que es muy cara; déjala que se conserve nueva. Entre tanto calcula á lo que ascienden todas esas propinas, que tienen por minimum cincuenta céntimos y por maximum dos francos, maximum que es en algunas ocasiones obligatorio (1), y tendrás una suma de alguna consideración. A pesar de esto no echés en olvido que toda propina es por lo menos de una moneda de plata. Los sueldos y la moneda de cobre son cosas despreciables, que el sér mas necesitado mira con inexplicable desden.

Para estos ingeniosos pueblos, el viajero no es más que un saco de escudos que tratan de adelgazar lo más aprisa posible. Todo el mundo se encarniza con él. Hasta el mismo gobierno se mezcla algunas veces; te toma la maleta y el abrigo, los carga en sus espaldas y te tiende la mano. En las grandes ciudades, los encargados de la conduccion de los equipajes entregan al real Tesoro doce sueldos y dos liards por viajero. Yo,

(1) En Aix-la-Chapelle, por ver las reliquias, la propina de la fábrica está fijada en un thaler, tres francos setenta y cinco céntimos.

al cuarto de hora de estar en Aix-la-Chapelle, ya le habia dado mi propina al rey de Prusia.

CARTA XIII.

Andernach.

El viajero se asoma á la ventana.—Con una palabra profunda caracteriza la magnífica arquitectura de la barrera del Trono en Paris.—De qué sirve haber sido el emperador Valentiniano.—Cuando se encuentra un jorobado sonriendo, ¿es preciso decir *de qué ó por qué?*—Caminando de noche por los campos se halla una cosa que parece un sueño.—Paisajes que pierden su belleza á la luz del crepúsculo.—La luna llena.—Qué es lo que se vé allá abajo?—El pedrusco misterioso en lo alto de la colina.—El viajero vá allí.—Lo que era.—El viajero llama á la puerta.—Si hay alguno, no responde.—*El ejército del Sambra y el Mosa y su general.*—Hoche, Marceau, Bonaparte.—En qué habitacion entra el viajero.—Lo que le muestra la claridad de la luna.—Mira por el agujero, del que pende el cabo de una cuerda.—Lo que cree oír decir á una voz.—Regresa á Andernach.—El viajero declara que los turistas son unos necios.—Las bellezas de Andernach reveladas.—La iglesia bizantina.—Atencion que prestan á un versículo de Job cuatro niños y un conejo.—La iglesia gótica.—Lo que los caballos prusianos piden á la Santísima Virgen.—La torre del vigía.—El autor dirige algunas palabras á una hada.

Andernach.

Te escribo todavía desde Andernach, en las orillas del Rhin, donde hace tres dias que he desembarcado. Andernach es un antiguo municipio romano, reemplazado por un ayuntamiento gótico que todavía existe. El paisaje que desde mi ventana se descubre es encantador. Enfrente de ella, al pié de una alta colina que apenas me deja ver una estrecha franja del cielo, hay una bonita torre del siglo trece, de cuya parte superior se lanza, pequeña complicacion que no habia visto hasta ahora, otra torre más pequeña, octógona, de ocho frontis, coronada de un techo cónico; á mi derecha el Rhin y el blanco y hermoso pueblo de Leutersdorf, que se vislumbra entre los árboles; á mi izquierda los cuatro campanarios bizantinos de una magnífica iglesia del siglo once, dos en la fachada y dos en el ábside. Los dos mayores campanarios de la fachada son de un perfil desaliñado y extraño, pero grande; son torres cuadradas sobrepuestas de cuatro tejados agudos, triangulares, llevando en sus intervalos cuatro losanges pizarreños, que se reúnen por sus cúspides y forman la punta de la aguja. Debajo de mi ventana charlan en perfecta inteligencia gallinas, niños y patos. En el fondo, allá á lo lejos, campesinos se encaraman en las parras,